

ARTES PLASTICAS

Revista: CROMOS
Artículo: El Goce Estético
Autor: Héctor Abad Faciolince



allí nada lúgubre. Al contrario: humor, color y hondo placer para los sentidos. El pintor se extiende en cuerpo y alma sobre su obra.

LA PINTURA DE GERMAN LONDOÑO (Luminosa, alegre, divertida) es como una bocanada de aire fresco, como un descanso de puro goce estético después de los montones de sordidez y de feísmo a que nos ha sometido buena parte del arte colombiano contemporáneo. Este torbellino de feúra lo hemos sufrido con un resignado estoicismo, pero da gusto que, después del tedio predecible y repetitivo de las instalaciones, después de las pedanterías conceptuales, después del reiterado sonsonete del arte comprometido en la denuncia, nos encontraremos –al fin– con una pintura radiante, con una feliz iluminación que no se avergüenza de deleitar el sentido para el que esta diseñado el arte pictórico: la vista.

Una característica nos captura y agrada de inmediato en el trabajo de Londoño: la exuberancia y la armonía del color. No hay ninguna estridencia, ningún sobresalto en esos colores que de solo verlos nos salvan de la sordidez del mundo circundante. Hay tanta serenidad y equilibrio en el colorido de sus grandes lienzos, que estos consiguen conectarnos con obras tan monumentales como los muros de Giotto, con la maestría de su composición y sobre todo con su delicia cromática. También, en ocasiones, sus pinturas logran evocar el vértigo de colores de Matisse, con su sensualidad colorística, e incluso con aquello que el pintor francés pretendía como artista: "Yo sueño con un arte equilibrado, puro, manso, sin un objeto inquietante, que sea para cualquier hombre fatigado por el pensamiento-desde el hombre de negocios hasta el artista literato-un motivo de alivio, un calmante cerebral, algo parecido a la comfortable poltrona que lo restablece de sus fatigas físicas."

VIDA DE OTRO MUNDO.– Al que se quiera restablecer de tanta fatiga y de tanta fealdad, le conviene hundirse en esa placidez de sensaciones que despierta la exposición de German Londoño.

Allí, en esa sinfonía de azules y verdes agua, en esos conmovedores naranjas y amarillos, hallará sosiego y descanso, y no sólo por los increíbles hallazgo cromáticos, sino también por las atmósferas.

Verá una luz tan intensa que parece meterse en los personajes. Como si fuera a disolver el cuerpo de los protagonistas. Notará que en un mismo cuadro la atmósfera es densa o liviana dependiendo de la parte del mismo, y que algunos personajes quedan diluidos por esa luz, como si la atmósfera los penetrara o como si ellos entraran dentro de la atmósfera. Es esto, tal vez, lo que crea el aspecto fantasmagórico de las figuras.

Fantasmagórico, pero nunca sórdido. Están tan lejos de lo lúgubre estos Fantasmas de Germán Londoño, que uno podría preguntarse: ¿en qué país vive este pintor? Sin duda no en Colombia, aunque tampoco en otra parte. Londoño está sumergido en un país interior y crea un mundo a parte, completamente propio, cada vez mas conocido y reconocible para quienes hayan venido siguiendo sus huellas. El paisaje de ese mundo y los curiosos personajes que lo pueblan, llegan a los ojos de nosotros empapados de una honda seducción.

LEJOS DE LO COTIDIANO.- Londoño es un evadido. Vive en un mundo irreal que es una mezcla de historia sagrada, de relatos literarios, de personajes fabulosos o históricos (de la historia antigua y de la moderna), un mundo fantástico de novelas coloniales, todo con un encanto no actual, antirrealista, que de tan ajeno es casi totalmente imaginario. Le gusta lo enigmático, lo imaginado, la fantasía desbordada que le permite crear espacios monumentales. Sus temas no se nutren de la desolación ni de la postración de este país. Su lenguaje no lo reconocemos como el calco de la miseria aledaña y cotidiana.

Pero nos seduce, precisamente, porque esta pintura tiene la virtud de sacarnos de aquí. Recorriendo los cuadros visitamos un sitio inmenso e inventado, unos paisajes casi solitarios, casi despoblados, donde a veces parecen unos nudos de gente y sombras imposibles. Porque en contraste con la riqueza colorista, hay también en los cuadros de Londoño una gran austeridad y economías de las formas. Lo destacable en estas últimas- más que gran elaboración de las figuras- es un estudio riguroso de la posición y de las proporciones de los personajes y de los elementos. El producto de esta mezcla (exuberancia del color y austeridad en las formas) es un despliegue de sensualidad y de combinaciones cromáticas armoniosas que dejan una casi impúdica, por inocente, sensación de agrado, de hondo placer estético.

Esta peculiaridad, escasa en nuestros tristes días, unida a la fuerza desbordante de este pintor, a su increíble capacidad de trabajar y de concentrarse en sus propias obsesiones, hacen que el conjunto de su obra parezca como uno de los más sólidos resultados pictóricos de la última generación de artistas colombianos.

Sólido y muy personal porque sus temas son sólo de él, y porque todo esto aparece visto siempre con un ojo risueño y una mirada distante, absolutamente suya, siempre reconocible como propia. Típico de esta voz propia, es la rara capacidad que tiene Londoño de destilar ironía que contamina con su sorna todos los temas escogidos, incluso uno aparentemente tan serio como el de los fantasmas.

FANTASMAS PERSONALESZ – uno no reconoce los fantasmas de Londoño como los propios, terribles, fantasmas. No, más bien- y al contrario- se da cuenta de que estos fantasmas de él no asustan, así como este país que el pinta no es el nuestro. Londoño hace unos cuadros de fantasmas en los que parecen desterrados los fantasmas del miedo.

Fantasmas que ser el ánima en persona, como en la tradición cristiana. Fantasma es, de manera más laica, el fardo de las propias obsesiones. Fantasma es el gusto de la gente. Fantasma es todo aquello que no hemos resuelto y que regresa vestido de pesadilla cada madrugada. Fantasma es el recuerdo que queda de los muertos, o la anticipación de la muerte que todos los vivos podemos sentir. Fantasma es el silencio que separa a vivos y a muertos, o la anticipación de la muerte que todos los vivos podemos sentir. Fantasma es Virgilio para Dante y Don Quijote para Alonso Quijano y Don Alonso Quijano para Miguel de Cervantes. Fantasmas son todos los Aurelianos Buendías. Fantasma es el padre para Hamlet y para el asesino del padre y para Shakespear. Pero los fantasmas de Londoño no sirven para ilustrar fantasmas famosos. Sus fantasmas no se parecen a nada y a nadie se le parecen. Los únicos fantasmas reconocibles son esos dos colombianos que observan una montaña de basura, porque en este caso esas figuras extáticas somos todos nosotros con nuestra estupefacta impotencia ante el desastre.

Hay una abrumadora cantidad de trabajo paciente, de búsqueda incesante con el pincel y con las brochas; hay un delicioso derroche de colores detrás de estos lienzos pintados por Londoño. En algunos la rapidez febril de una repentina iluminación. En otros el esfuerzo de lo que se deja atrapar y tiene que ser extraído, arrancado, casi extirpado a la fuerza de una hondura en la que quería permanecer. Muchas horas de soledad frente a la tela y una gran dosis de concentración en si mismo hay detrás de estos cuadros.

Pero en últimas ¿de dónde sale semejante despliegue de luz y colorido?

¿Cómo se produce este efecto? Londoño mismo lo explica: "Es la exuberancia del trópico, si, pero tamizada por la nitidez de la pintura egipcia, por las expresivas superficies de Monet, por los planos contrastados de Ellsworth Kelly, por el énfasis rítmico en la disposición de la escultura romántica y por la vacuidad intrigante de los lienzos monocromáticos de algunos artistas contemporáneos." En resumen, mucho trabajo y gran cultura pictórica: ahí está el secreto del agrado que producen los cuadros de Londoño. Parece fácil. Es difícilísimo.

Aterrados de miedo a la belleza, ya casi nadie se atreve a lo mas obvio: a gustar.